



conocimientos geográficos. Lo que puede decirse acerca de la explotación de estas, se reduce, pues, á descripciones más ó ménos vagas. Pero ya en tiempo de los persas ofrece rasgos que permiten adelantar algunas conjeturas. Varios pueblos nómadas del Asia septentrional se citan por sus riquezas en oro, como los massagetas al E. del mar Caspio, los que hacen con este metal todos sus utensilios, y los arimaspes, más apartados aún en el N. del Asia.

La Europa es un país muy rico en oro, según dice el mismo Herodoto: «El N. de Europa encierra una cantidad de oro muy considerable. No se puede asegurar dónde se encuentra; cuéntase que los arimaspes, que no tienen más que un ojo, se lo quitan á los grifos. Pero no creo que existan hombres que no tengan más que un ojo (1).» En Herodoto, que toma por límites septentrionales del Asia el mar Negro, el mar Caspio y el río de Iasis, la Europa del Norte comprende también toda el Asia septentrional, ó la Siberia, y sabía ó suponía aún, que la Europa se extendía hacia el E. hasta el Asia central, y que excedía en magnitud á este continente. Puede muy bien entenderse por Europa septentrional lo mismo el Asia del N., como nuestra Europa moderna. Esta última explicación, admitida la opinión de Herodoto, se referiría á los montes Krepaeks, que de todas las montañas de Europa son los que más oro producen. En efecto, dicese que este metal se hallaba con abundancia entre los agathyrsos, que habitaban estas comarcas (2). Pero lo que contradice esta explicación, es que Herodoto distingue en este pasaje su Europa septentrional de la Europa occidental; es más verosímil creer que hable aquí más bien del Asia del N. que del NO. de Europa, tomada con relación á la Grecia. Otra objeción es que, no obstante un segundo pasaje de Herodoto, la fábula de los arimaspes se refiere evidentemente á una comarca del NE. de Asia (3).

Relaciones modernas atestiguan que se en-

- (1) Herod., III, 116.
- (2) Herod., IV, 104.
- (3) Herod., IV, 27.

cuentra en las montañas de la Siberia una multitud de antiguas minas, que prueban que después de largo tiempo han sido explotadas con corta diferencia como hoy. Estas minas no son más que simples escavaciones, como lo son en nuestros días las de Dauria en la provincia de Nertchinsk (1). Admitiendo la verdad de nuestras conjeturas sobre la edad de las minas de la Siberia, no se sigue de aquí que deba admitirse la hipótesis sobre la existencia de un pueblo muy civilizado en el N. de Asia desde una época remota, sino por el contrario, que la explotación de las minas puede ser ejecutada igualmente por pueblos bárbaros y hasta nómadas, puesto que no exigen conocimientos científicos, y si solamente algunos útiles y grande actividad.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el oro que circulaba en tiempo de los persas, hace ver que las relaciones con los demás países en que abundaba el oro, fuera al N., fuera al S. del Asia, han sido más estrechas que lo que la Historia nos dice. Los que conocen el estado floreciente de los países del Indo y el Ganges en la época de los persas, y las comunicaciones libres entre el imperio Persa y la India, no verán ciertamente desprovista de verdad la conjetura de que el Asia oriental había desde entonces pagado su tributo en oro.

La inmensa cantidad de plata que existía en Asia en la época de los persas, debe ser aún más sorprendente para el que conoce aquel continente.

Según Herodoto, los tributos de todos los pueblos, á excepción de los indios y etíopes, se pagaban en este metal (2). También se empleó la plata para el adorno y ornato, aunque ménos frecuentemente que el oro. Las minas de plata son mucho ménos abundantes en Asia que las de oro. La parte del OE. de los montes Cáucos, ó país de los alibas, mencionado por el autor de la Iliada en estos términos (3): «lejos de Aliba, de la patria de la plata,» contenía las minas de plata más famosas del Asia. Los habitantes de

- (1) Georgis, *Descripcion*, etc., pág. 204.
- (2) Herod., III, 91.
- (3) Hoin, II, II, 364.



esta comarca estaban siempre entregados á la explotación de las minas; y más tarde, los genoveses, dueños del mar Negro, las explotaron también; todavía se ven los vestigios de sus trabajos (1). Sabemos que la Bactriana tenía en los tiempos antiguos minas de plata de una profundidad considerable (2). También se encuentra plata en Siberia, en China y en el Mediodía del Asia; pero la considerable cantidad de este metal que se importa en aquellos países de toda la Europa, prueba evidentemente que es escaso su producto. Puede muy bien suponerse con certeza, que la mayor parte de la plata fué importada entonces en Asia del extranjero, y la vía de transporte es bien conocida. El más rico país en plata era el S. de España, ocupada entonces por los fenicios. Estos exportaban este metal con tanta abundancia, como lo exportan hoy los españoles de la América meridional, y lo hacen circular por todo el comercio interior de Asia. La enorme cantidad de plata que circula en Persia, bastaría ella sola para justificar su gran comercio por tierra, aunque no hubiera otros datos ciertos.

En cuanto á los metales ménos preciosos, nos limitaremos á advertir que los pueblos nómadas del Asia central al OE. del mar Caspio, los conocían ya todos; en tiempo de los persas era muy común el uso del cobre y del hierro, según se ve por la descripción que hace Herodoto de sus armaduras (3). ¿No confirma, pues,

(1) Müller, *Sammlung*, R. G., II, pág. 14: «Hay aún sobre la costa septentrional del Asia Menor, cerca del antiguo Amisus (hoy Sansum) algunas señales.» Porter, *Travels*, II, pág. 696: «Se ha comenzado á explotarla de nuevo en nuestros días.»

(2) Ctes. Ind., c. II: «Están más profundas que las de la India.» Todavía hoy se observa en las montañas de Waisli-kora, distrito de China, en las inmediaciones del río Oxo ó Gihon, las señales de estas minas tan profundas, de las que se han extraído otras veces los minerales de oro y plata.» Voyer, *Allgemeine geographische Ephemeriden*, 1804, *avut*, página 447. Morien, *Travels*, I, 283, hace ver que aún se explotan hoy. La mayor parte de la plata que hay en Persia, según él, viene de las minas de la Bucaria y de Aderfijan.

(3) Herod., I, 215, dice de los masagetos, que no tenían hierro, pero sí cobre, del que se explota en su país en grandes cantidades. Por lo que hace á los otros pueblos de las restantes comarcas, incluyendo

esta circunstancia la suposición de que el interior de las montañas septentrionales y de la cordillera del Altoí había sido explotado desde entonces?

No estaba ménos extendido en Asia el gusto por las piedras preciosas y por los metales, y se remonta hasta más allá de la época de los persas, como consta por los libros de Moisés y por el *Ephad* y el *rational* de los padres israelitas. Se las empleaba, no solamente para adorno y ornato de los objetos domésticos, sino también, y con preferencia, para los anillos de sello. El uso de estos últimos parece que estuvo en boga, especialmente entre los Babilonios, quienes, según Herodoto, cada uno llevaba el suyo (1).

Los persas y los medos tenían guarnecidas con piedras preciosas las empuñaduras de sus puñales y sables, los brazaletes, las cadenas y hasta los arreos de sus caballos, y es probable que tomaran esta costumbre de los babilonios (2). Los autores antiguos citan ordinariamente la serdónica, onyx y sardónica, las esmeraldas y los zafiros empleados para estos usos. Pero grandes dificultades detienen á los autores que tratan de determinar científicamente estas especies de piedras. Los mineralogistas han reconocido que el zafiro de los antiguos no es otra cosa que nuestro *Lápis lazuli* (3).

La aplicación del nombre esmeralda es más difícil de determinar, y puede fácilmente confundirse con el espatofluor (4). El nombre de sardónica parece ser genérico, y que comprende todas las piedras finas de diferentes colores. Las encarnadas se llamaron carneolos; las blancas, por su color de uña, onyx, y las que se componen de dos colores, sardonix (5). A los mineralogistas toca profundizar esta materia;

(1) Herod., I, 195.

(2) Arrian, VI, 29.

(3) Beckmann, *Gesch der Erfindungen*, III, p. 183.

(4) Beckmann, *Über den Sarder. Onyx nud Sardonyx*, p. 3.

(5) Beckmann, *Beiträge zur Gesch., der Erfindungen*, III, p. 182, etc., p. 297, etc. El conde de Veltheim, sobre la estatua de Menon y la esmeralda de Neron.



nosotros nos debemos limitar á resolver la cuestion relativa al origen de las piedras preciosas. Por lo que hace á una gran parte de ellas, especialmente la calcedónica, esperamos probar con nuestras investigaciones sobre los cartagineses que procedian del comercio que hacian las caravanas con el interior de Africa. Es verdad que las esmeraldas se sacaban de las montañas del Alto Egipto, igualmente que de una isla del Golfo Arábigo; la primera especie se conoce aún hoy entre los persas con el nombre de esmeraldas de Egipto. El Asia, que nos ocupa con preferencia, no era ménos rica en piedras preciosas; pero su parte Oriental lo era aún más que la Occidental.

Verdaderas minas de diamantes se encuentran en el Indostan, segun las relaciones de Tavernier, que ha sido el primero de los viajeros que las ha descrito; y señaladamente sobre su costa Oriental en el reino de Golconda (1).

(1) Tavernier, II, p. 267 y sigs. Tavernier describe tres minas de diamantes: la de Raolconda, cerca de Vicapour (17° de lat. sep. y 95 de long.); la Coloor, en el Circars, actualmente propiedad de los ingleses (17° lat. N., 98 long.), á unas treinta leguas al O. de Masulipatan, donde, prescindiendo de lo asegurado por Tavernier, trabajaban 60.000 operarios (II, pág. 278); por último, la de Simolpoor ó Guel, en la frontera SO. de Bengala (22° de lat. N., 106 de longitud). Estas mismas minas se encuentran tambien en una carta de Rennel, dibujada por él mismo, y que ya Mr. Blumenbach ha querido tambien comunicarnos; pero además hay otras tres: la de Gandicotta en los antiguos estados del Tippto, á unas sesenta leguas NO. de Madras (14° de lat. y 95 de longitud), entre Gooti y Cuddalah; la de Beiragoor, á treinta leguas al S. de Samelpoor, de la que ya se ha ocupado la carta de Rennel; por último, una tercera en la parte septentrional de la península, cerca de Panna, á unas treinta leguas de long. SO., en Allahabad, en el Ganges (25° de lat. N., 100 de longitud). Las aclaraciones más importantes sobre el estado actual de las minas de diamantes de la península, se deben á Benjamin Heyne, muerto en temprana edad por su excesivo estudio (*Tracts historical and statistical of India*, London, 1814; *Tract second, Account of the diamond mines in India*). El autor no habla más que de cuatro ó cinco minas que él habia visitado. La primera cerca de la villa de Mallevely, en el Circars, á seis millas inglesas en direccion OSO. de Ellora del Circars, perteneciente á Nizam. La segunda sobre la ribera de Panna, explotada ya hace muchos siglos. Parece que ya debia estar agotada, pero aún se la explota.

Por último, la cordillera de Gandicotta. Estas

La edad de estas minas es desconocida, y ningun escritor griego hace mencion de los verdaderos diamantes del tiempo de los persas. Pero ya veremos al tratar de la India, que eran conocidos desde los más remotos tiempos.

Respecto al origen de las demás piedras preciosas, sólo tenemos para nuestro estudio un pasaje de los fragmentos de Ctesias, autor contemporáneo. Talio dice en sus extractos, que Ctesias habia tratado en su descripcion de la India «de los grandes perros y de la gran montaña en que se contienen las minas que suministraban la sardónica, el onyx y demás piedras preciosas de que se valen para hacer los anillos de sello; que estas piedras se hallaban en los confines del gran desierto de arena, en cuyo interior se halla, á diez jornadas de la frontera, un templo dedicado al sol (1).

Nos parece que estas montañas las deberian buscar en los confines de la pequeña Bucaria (2); Ctesias y Herodoto describen la India del N. conocida de los persas, ó las comarcas al E. de la Bactriana; es decir, las montañas de Mustag ó Imaüs, patria del oro, como ya lo hemos hecho notar más arriba. Viajeros modernos desig-

minas no son más que pozos profundos; la explotacion se practica con grande imperfeccion, y se la considera como un juego de azar. Las nociones más importantes para las minas de Panna, en Bengala, se encuentran en Walter Hamilton, *Description of Hindostan*, II, p. 325. Las tierras que contienen diamantes se lavan. Los ingleses hacen el lavado en Panna-Raja, aunque las minas sean de un territorio inmediato. Esta última mina es la más importante para el anticuario, porque puede sacar pruebas de la existencia de comarcas con diamantes en la parte de la India que era conocida de los antiguos. La region de Panna era del país de los prasiános, pueblo el más poderoso de la India, cuya capital Palibothra, en las cercanías de Patna, es ordinariamente considerada como la capital de toda la India.

(1) Ctes., *Indice*, cap. V.

(2) El conde de Valthain, en su tratado sobre las montañas de onyx de Ctesias (*Sammlung vermischter, Schriften*, II, pág. 237), intenta, por el contrario, probar que estas montañas eran más bien los montes Balaguat cerca de Beroah en el Décano. En nuestras investigaciones sobre el comercio de los babilonios, dice Heeren, llamaremos de nuevo la atencion sobre este punto. No negamos que el onyx venga de estas comarcas; pero no creemos que esto se infiera precisamente del pasaje de Ctesias.



nan las mismas montañas como patria de estas piedras preciosas, particularmente del lápiz lázuli, que en ninguna parte del mundo se encuentra de mejor calidad. Ya se hace mencion de esta piedra en el viaje de Marco Polo; y el comercio que se ha hecho con ella y su gran precio, conservan su memoria (1). Las relaciones del misionero Goez, que viajó en 1605 de la India á la China por la pequeña Bucario, son aún más instructivas para este objeto. Las piedras preciosas (él las llama jaspe, lápiz lázuli) formaban el objeto más importante del comercio de este país (2), el cual era tan productivo, que se podia uno enriquecer en poco tiempo. Hé ahí una prueba de que la pequeña Bucaria ha sido, en tiempo de los persas, un país de los más comerciales. El templo del Sol, colocado en el interior del desierto de Cobi, y que segun el uso asiático, no era más que un parador público bajo la proteccion de un templo, nos revela la señal de un comercio con la China. La perla, por último, fué en todo tiempo considerada como una de las más preciosas, singularmente en Oriente. Su modesto resplandor, su sencilla belleza y su forma regular, parece tener más atractivo para el habitante de Oriente, que el fuego brillante y desvanecedor del diamante; y por una secreta simpatía, tambien el Asia se ha servido de ella para sus más favoritos adornos. En Occidente, el gusto por las perlas tuvo su época limitada; en tiempo de la decadencia de la libertad romana alcanzó su máximo, y se las apreciaba en Roma y en Alejandria tanto como las piedras preciosas. En Asia, la afición á las perlas databa de una época más antigua, y se remontaba

(1) Marco Polo en *Ramusio*, II, pág. 10. Compárese con Abul Gasi-kan, *Historia de los tártaros*, página 388, 416, y á Beckmann, I., c.

(2) *Allgemeine, Historie der Reisen zu Wasser und zu Lande*, vol. VII, pág. 544, 549 (*Historia general de los viajes por mar y tierra*). Segun Goez, el lápiz-lázuli es el *yu* ó *yu-che* (léase *tu-che*) de que se hacen los vasos murrhina, siguiendo la autoridad de un escritor moderno (Hager, *Panteon Chinois*, página 82). Pero el nombre del *yu* parece que significa en chino nada más que un nombre vago, que puede aplicarse á varias piedras preciosas, como sucede entre nosotros. Véase *Memoires concernant les Chinois*, vol. VI, pág. 259, pasaje del que resulta que se da este nombre en China á las piedras de varios colores.

hasta más allá de la dominacion de los persas. Se ha conservado á través de los siglos un collar de perlas de las más grandes llevado al cuello, como todavía lo llevaba el sultan Tippto, y como aún lo conserva el soberano de Persia: es una parte esencial del adorno de la persona real en Oriente. Se sabe que las perlas se pescan principalmente en el Golfo Pérsico y en las costas de Ceylán y de la península de acá del Ganges. Esta era su patria desde la más remota antigüedad. Nearco, almirante de la escuadra de Alejandro, hace mencion de la pesca de las perlas en las islas del Golfo Pérsico, y añade que tambien se pescaban las perlas en el mar de la India (1), con lo que indudablemente quiere designar el estrecho entre Ceylán ó Trapobana y el cabo Comorin, extremidad meridional de la India, de donde saca Europa estas preciosas producciones.

El conocimiento de las diferentes materias útiles para vestir, y de uso en Oriente, desde los tiempos más lejanos, ofrece mayores dificultades; pero es muy importante para la historia de Asia. No es que falten en los autores antiguos pasajes que recuerden ó describan los vestidos de Oriente; sino que estas descripciones no son bastante exactas para determinar la materia de que estaban formados con una certeza que no ofrezca duda; de esta determinacion depende la resolucion de algunas de las cuestiones más interesantes para el comercio de Asia. Las materias propias para vestir, bien fueran brutas ó bien laboradas, eran siempre uno de los objetos más principales del comercio, puesto que Levante es el centro de produccion de las materias más preciosas de que se hacen nuestros vestidos. Además del algodón y la seda, que le pertenecian entonces exclusivamente, posee la más fina lana, el pelo del camello y de la cabra de Angora, y cáñamo que es de tan buena calidad como el de Europa. El valor de estas mercancías se aumentaba por los excelentes tintes que las daban, en lo que han sobresalido los pueblos de Asia á todas las demás naciones, merced á las materias colorantes, que tienen en tanta abundancia.

El uso del algodón era conocido en tiempo

(1) *Arriani Indica*, p. 194, ed Steph.



de los persas, y hasta de uso común en casi toda el Asia. Herodoto, padre de la Historia, dice que venia de la India y que servia á los indios para sus vestidos ordinarios (1), y hace de ellos mencion en muchos pasajes de su obra, los que nos dan idea de que los indios usaban vestidos de algodón, como tambien los egipcios y persas. Los *sindones byssina* de los persas (2), eran ciertamente vestidos de algodón, lo que se puede evidenciar por un pasaje de Théophrasto, sobre esta materia. Herodoto observa que los egipcios envolvian sus cadáveres en *sindones* (3), lo que está en armonia con los recientes estudios que se han hecho de los vestidos de las mómias, reconociéndose en su generalidad ser de algodón (4). Si á esto se añade que Herodoto empleaba frecuentemente la palabra lino por la de algodón, como, por ejemplo, en la descripción de las vestiduras de los sacerdotes egipcios (5), no puede quedarnos duda del uso de las materias de algodón, generalmente introducidas tambien fuera de la India. Unamos á estos testimonios el no ménos decisivo de un gran escritor y naturalista, de Théophrasto (6), quien no obstante ser escritor más moderno, era contemporáneo de Aristóteles y de Alejandro, y tenia datos de relaciones anteriores, probablemente de Nearco. Este nos dice, «que habia grandes plantaciones de algodones (*Gossypium arboreum*, L.) en la Isla de Tylos del Golfo Pérsico, de cuyos productos se hacian vestidos, llamados *sindones*, de diferente calidad y de un precio módico; y no solamente en la India, sino tambien en la Arabia (7)» (denominacion que abraza igualmente la Ba-

(1) Herod., III, pág. 106.

(2) Herod., VII, 181.

(3) Herod., II, 86.

(4) Herod., II, 37. Segun el testimonio de otros autores, el vestido de los sacerdotes egipcios no era de lino, sino de algodón. Véase á Forster, *De Byssu*, página 85.

(5) Blumenbach, *Observat. on some Egyptian Mummies*, p. 12.

(6) Théophrast., *Hist. Plant.*, IV, 9.

(7) El amante de la historia natural hallará todos los detalles sobre las especies de algodones que eran empleados por los antiguos, en Forster, *De Byssu antiquorum*, p. 33, sigs.; véase tambien *Be-*

bilonia, Irak-Arabi). Despues de estos testimonios tan positivos, creemos que no haya necesidad de aducir otros para hacer ver que el uso del algodón en aquellos tiempos y países era muy general. Ciertamente que Herodoto dice que el centro principal productor era en la India; pero no es ménos cierto que se extendia tambien á las islas del Golfo Pérsico, en Arabia, y tal vez hasta en el mismo Egipto. Su empleo en la industria formaba uno de los ramos más principales de manufacturas de la antigüedad.

La cuestión de si el Asia conocia entonces las materias y vestidos de seda, y cuánto se habia extendido su uso, presenta mayores dificultades. Ni Herodoto ni ningun otro escritor griego del período persa, hace mencion expresa del gusano de seda, de la seda ó de las materias de seda. Los nombres de Sérica y del pueblo de los Seras, tan famosos más tarde, no eran aún conocidos por entonces. Strabon, entre los geógrafos griegos, es el que primeramente habla de esta materia, cuyos escritos se han conservado hasta nuestros dias. No faltan indicios que hagan muy probable el uso antiguo, extendido en Asia, de los vestidos y materias de seda. Si estuviere reconocido que las palabras traducidas por seda en los escritos de los hebreos tuviesen efectivamente esta significacion, toda investigacion ulterior seria superflua. ¿Quién no recuerda las cortinas de seda del templo, los cordones de seda del tabernáculo, los vestidos de seda de los tirios, segun la traduccion de Luther? Pero estas palabras no están determinadas con certeza; y no designando la seda, como dicen algunos autores, debemos recurrir á otras pruebas. Mas hagamos antes una observacion. Es falso que nuestro gusano de seda sea el solo insecto de esta especie cuyo trabajo pueda ser, y de hecho sea, empleado para los tejidos. El Asia posee varias especies de insectos, y está fuera de toda duda que ya en la antigüedad los hilos de varios de ellos han sido empleados en esta industria (1).

*ckmann's Beitrage Waarenhunda*, núm., 7. Artículos relativos al conocimiento de los géneros.

(1) Este uso se conserva aún en nuestros dias en Bengala. Walter Hamilton, *Description of Hindostan*, I, pág. 29.



Como las descripciones de los insectos son raras veces exactas, y por su naturaleza no pueden serlo, se ve la imposibilidad que hay de determinar con certeza, tratándose de averiguar si el nombre *bombyx* es nuestro gusano de seda, ó bien otro insecto. Por interesante que sea para el naturalista la solucion de esta duda, el historiador del comercio de los pueblos, satisfecho de las ideas más generales, no está obligado á detenerse en ella.

El primer griego que hace mencion del gusano de seda y que describe su metamorfosis, es Aristóteles en su *Historia natural* (1). Pero estas descripciones no son aplicables á nuestro gusano de seda, y es más probable, aunque estén muy divididas las opiniones, que hable de otra especie de gusanos. Los hilos de este insecto eran, segun él, devanados por mujeres, y despues tejidos; cuya invencion se atribuye á una dama griega, Pánfila, de la isla de Cos. Aristóteles no dice expresamente de dónde procede esta seda; pero Plinio (2), traduciendo este pasaje, y tal vez teniendo un original más completo que el nuestro, por seda de Asiria, *seda asiria*, es decir, asiática. Él nos explica tambien las palabras oscuras de Aristóteles, de la siguiente manera:

«Las mujeres griegas, dice, han deshecho y despues vuelto á hacer el tejido de las materias de seda procedentes de Asia, y ha resultado de aquí un tejido más fino, tan conocido por los poetas romanos con el nombre de vestidos de Cos.» Un sábio ilustre ha fundado en esto su opinion para asegurar que todos los vestidos de seda de Asia no tenian más que la mitad de seda; las mujeres griegas los destejaban, y despues de separar el algodón, constituian un tejido de seda pura (3); opinion que se funda en el pasaje de Plinio, pero que no resalta de las palabras de Aristóteles, tales como han llegado á nosotros (4).

(1) Aristót., *Hist. nat.*, V, 19.

(2) Plin., LXI, c. 22, 23.

(3) Forster, *De Byssu antiq.*, pág. 16.

(4) Ya Salmas., *Ad Solin*, pág. 101, ha demostrado que Plinio habia comprendido mal á Aristóteles, y que introdujo en el texto su explicacion. Las palabras de Aristóteles *ta bon buzia analwousi ai gunaixes*

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que existia en tiempo de Aristóteles un comercio de seda en Asia; bien fuera que el tejido procediera de nuestro gusano, ó de uno de otra especie. Tambien en Grecia habia telas de este género, aunque muy raras. El exámen de los vestidos, que nosotros creemos eran de seda, probará la importancia de este comercio en tiempo de los persas en el interior de Asia.

Hablemos ahora de los vestidos de los medas, entonces tan afamados. No solamente los medas se servian de ellos, sino tambien los persas les habian adoptado, y aun muchos pueblos vecinos, de quienes Herodoto nos describe sus costumbres. La seguridad de que estos vestidos eran de seda, ó la mitad de seda, como los hacen en algunas comarcas del Asia oriental, nos probaria la antigüedad y extension del comercio de la seda en Asia.

No hay testimonio expreso, sin embargo, para confirmar la opinion de que la seda constituia el fondo de estas materias. Es cierto, por la descripción de autores contemporáneos, que los vestidos medas eran de una especie particular, que se distinguian por su brillo, por el juego, variedad y magnificencia de sus colores, de todos los demás vestidos usados entre los griegos (1). No eran estos trajes para toda clase de personas, sino para los grandes y gente distinguida, por lo cual eran conocidos como objetos preciosos. Un vestido meda en union de un sable, una cadena de oro y un corcel ricamente enjaezado, formaban el rico presente que los reyes de Persia acostumbraban hacer á sus favoritos (2), como hoy el caftan (vestido de seda).

Lo que antiguamente se conocia con el nombre de traje ó vestido entre los medas, más tarde los poetas romanos lo llamaban vestidos asirios (3). Está fuera de toda duda que estos

*ana penisomenai capeita ufainousi*, no significan otra cosa que «las mujeres devanan los coeos de seda y la tejen despues con los hilos;» pero no, como quiere Plinio: «devanan los hilos y los tejen de nuevo.»

(1) Jenofonte, *Cyrop.*, op., pág. 213.

(2) Jenofonte, *Anab.*, I, pág. 249. Véase la *Descripción exacta del calat de los persas*, en Morier, *Travels*, II, pág. 93, y se comprenderá hasta qué punto fueron unas mismas las costumbres asiáticas.

(3) Se encuentran las citas en Forster, I, c.